

Sor Emmanuel Maillard



**Tu Ángel Custodio,
¡tu gran amigo!**


Paulinas

Capítulo 1

¡Sí, los ángeles existen!

Vivimos inmersos en un mundo invisible, aunque no seamos conscientes de ello. ¡Nunca podré expresar lo mucho que el mundo de los ángeles ha influido en mi vida! ¡Cuántas señales nos dan nuestros amigos, los ángeles! Infinidad de veces me han protegido del mal e incluso me han salvado de accidentes mortales. Tengo una deuda con ellos que deseo saldar con este pequeño libro. Es también una oportunidad para compartir contigo la alegría que me comunican los ángeles. Quizás estas páginas te ayuden a relacionarte con tu ángel de la guarda, porque espera con ansias tu amistad y te tiene reservadas muchas sorpresas maravillosas.

Nosotros conocemos la Tierra, el universo visible, todo lo que podemos tocar, ver, oír, sentir: los árboles,

los campos, las montañas, las frutas, las casas, el cielo y los astros... pero también existe el inmenso universo invisible, mucho más extenso y rico que el universo visible.

¡No confundamos lo invisible con lo irreal! Podemos fácilmente caer en esta trampa. Es posible ser invisible y al mismo tiempo muy real, ¡más real que los árboles, la tierra, los pájaros o la hierba del jardín! Los ángeles forman parte de este mundo invisible y son absolutamente reales. Ignorarlos sería privarnos del inmenso regalo que el Creador nos ha hecho a cada uno de nosotros.

En estas pocas líneas, intentaremos conocer un poco más sobre los ángeles, en particular los ángeles custodios: cómo fueron creados, sus funciones, su naturaleza, por qué están a nuestro lado, cómo pueden ayudarnos, cuál es su misión con respecto a nosotros, qué los caracteriza. Lo haremos con ejemplos, testimonios, pero, sobre todo, invocándolos a ellos mismos.

Este hecho conmovedor puede ayudarte a rezarle a los ángeles de una manera muy sencilla y concreta. Un grupito de amigas de Medjugorje habían ido de vacaciones a Múnich, Alemania, en auto, y debían emprender el regreso a casa. Les esperaba un largo camino por delante. Sin embargo, una de ellas deseaba aprovechar la ocasión para visitar a un sacerdote italiano, el padre Luigi Bosio

(hoy venerable y en vías de beatificación), que vivía en un inmueble junto a la Catedral de Verona.

Desde un punto de vista puramente práctico la idea parecía irrealizable, ya que aquel desvío añadiría cinco horas de viaje suplementarias al trayecto previsto. Además, aquel sacerdote estaba enfermo, debía guardar cama y llevaba varios meses sin recibir visitas. Por otra parte, para acceder al edificio donde vivía era necesario pasar por un portal privado que daba acceso a una segunda puerta que normalmente estaba cerrada. Y, para colmo de males, estaban viajando un día domingo y no habría nadie para abrirles el portal privado. Todo esto hacía que su sugerencia no despertara ningún entusiasmo en el resto del grupo.

Pero el padre Bosio era un sacerdote extraordinario, no sólo por la santidad de su vida, sino también por sus dones excepcionales y nuestra amiga afirmaba que el simple hecho de cruzarse con su mirada era como una efusión del Espíritu Santo, porque una fuerte presencia de Dios emanaba de él. Además, al igual que el Padre Pío, podía leer las almas; ella misma lo había experimentado. Recibir la bendición de semejante sacerdote era una gran gracia, un verdadero regalo del Cielo. Al enterarse de todo esto, un fuerte deseo por conocerlo se apoderó de las demás jóvenes, más fuerte que los obstáculos que se interponían. ¡De ningún modo renunciarían al proyecto sin intentarlo!

Antes de iniciar viaje decidieron contactar al padre Bosio y la llamada fue derivada al contestador automático: «El padre Bosio no recibe visitas, pero

atiende el teléfono entre las 16 y las 17». ¡Imposible volver a intentarlo más tarde en aquel pequeño margen de tiempo! Debían partir ya... una vez más, desde un punto de vista humano, el plan parecía estar condenado al fracaso.

Sin embargo, decidieron que recurrirían a sus ángeles de la guarda y los pondrían a trabajar con instrucciones muy precisas. Ante todo, les pidieron que le preguntaran al padre Bosio si podían visitarlo y que les trajeran su respuesta. Cuando uno trata con ángeles, ¿por qué no utilizarlos para semejantes recados?

Luego de unos minutos de oración, mientras intentaban interpretar la respuesta de los ángeles, sus corazones se llenaron de una gran alegría, por lo que el mensaje les pareció claro: ¡debían proseguir rumbo a Verona!

A cada media hora, le rezaban a sus Ángeles Custodios y los enviaban nuevamente al padre Bosio para asegurarse de que estuviera informado de su llegada y que pudieran entrar.

Al llegar a Verona enfilaron sin más hacia la Catedral y, ¡oh sorpresa! ¡la primera puerta estaba abierta de par en par! Muy animadas por este hecho extraordinario, ingresaron al predio y estacionaron el automóvil. Entonces vieron que la puerta de entrada del edificio también se encontraba abierta, ¡algo totalmente inusual!

Apenas habían comenzado a subir los primeros escalones que conducían al piso del padre Bosio

cuando oyeron una voz proveniente del cuarto piso... ¡Era la voz del propio padre Bosio! Las estaba esperando junto a la escalera: «¡Ya llegaron! Me estuvieron enviando a sus ángeles cada media hora. ¡Adelante! ¡Voy a darles mi bendición!»

La bendición de un santo sacerdote no dura sólo un instante. Es un rayo de luz que acompaña y embellece al alma por toda la eternidad.

¡Gracias, queridos Ángeles!

Capítulo 2

¡No ignoren a los ángeles!

Querido lector, deseo compartir contigo un testimonio personal sobre mi Ángel de la Guarda. Cuando era niña, mis padres frecuentemente me hablaban de los Ángeles de la Guarda, por lo que desde muy pequeña supe que tenía un Ángel de la Guarda y solía invocarlo con mis propias palabras.

Lo trataba como a mi compañero incondicional y lo enviaba a que realizara diversas tareas. Le pedía ayuda en situaciones difíciles y debo reconocer que siempre ha sido muy eficaz y servicial. Me ha protegido muchas veces en las calles de París y ha evitado accidentes graves; reconozco que sin él probablemente no estaría viva hoy en día.

Cuando entré a la Comunidad de las Bienaventuranzas en Francia, muy pronto me enviaron a nuestra

pequeña fundación de Nazaret. En aquella época, éramos cuatro hermanas en la casa y otros dos hermanos que vivían cerca, en otra casa. Me gustaba compartir con las hermanas algunas de las aventuras que vivía con mi ángel de la guarda. Una de las ellas, Sylvie, era de origen protestante. Se había convertido al catolicismo, pero su fondo protestante seguía siendo bastante fuerte, y no conseguía asimilar a los ángeles. Se sentía bloqueada y escéptica al respecto. Pero escuchaba atentamente mis historias sin emitir comentarios, así como nuestros hermosos cantos a los ángeles durante las liturgias. No obstante, pensaba en su interior: «¿Hay ángeles de la guarda? ¡Qué raro! ¿Cómo pueden interactuar así con los ángeles?». Esto la incomodaba. Sin embargo, yo continuaba compartiendo historias vividas con mi ángel custodio. Y aunque a Sylvie le parecían extrañas, la idea de relacionarse con los ángeles comenzaba a resultarle atractiva y terminó preguntándose: «¿Y si esto fuera verdad?».

Cierto día, quiso salir de dudas y comprobarlo por sí misma. Ideó una especie de prueba. Quería manifestarme algo, pero a causa de su timidez, no se atrevía. Invocó entonces a mi ángel de la guarda y le dijo: «Necesito saber si realmente eres tan poderoso como asegura Sor Emmanuel y si puedes ayudarnos y ejecutar las tareas que se te encomiendan. Por favor, dile hoy a Sor Emmanuel esto (y le dijo lo que deseaba decirme), porque yo no me animo. Parece que es tu trabajo; ¡entonces, díselo! Si ella recibe el mensaje, tendré la prueba de que le has hablado,

y creeré que podemos rezarle a los ángeles. De lo contrario, me olvidaré del tema».

Por supuesto, yo ignoraba por completo lo que había acordado con mi Ángel de la Guarda y me fui a trabajar como de costumbre. En aquella época trabajaba media jornada en el hospital italiano de Nazaret como secretaria en el servicio de radiología y regresaba a la comunidad a la hora del almuerzo.

Nunca olvidaré lo que sucedió entonces: cuando abrí la puerta de la casa al volver del hospital, las tres hermanas estaban sentadas a la mesa y ya habían comenzado a comer. Incluso antes de saludarlas, exclamé con voz sonante: «¡Adivinen lo que me ha dicho el Señor esta mañana durante la oración!» y, por increíble que parezca, repetí palabra por palabra el mensaje que Sylvie le había confiado a mi ángel custodio. Ella bajó bruscamente la cabeza, atónita, como si quisiera esfumarse. Permaneció en silencio, incapaz de emitir sonido alguno, demasiado impactada por lo que acababa de escuchar.

Le costó asimilar y digerir lo sucedido, pero sabía que el resultado de su prueba era irrefutable. En cuestión de segundos, el ángel de la guarda la había convencido de que no sólo había escuchado su petición, sino que le había sido concedida en tiempo récord.

Unos días más tarde me contó acerca de su prueba y luego añadió: «Sor Emmanuel, ahora le rezo a mi ángel custodio y al tuyo también, e incluso a todos los ángeles. ¡Son increíbles!».

Índice

Capítulo 1	
¡Sí, los ángeles existen!	7
Capítulo 2	
¡No ignoren a los ángeles!	12
Capítulo 3	
Nuestros ángeles de la guarda, ¡grandes regalos de Dios!	18
Capítulo 4	
El Padre Pío y su ángel de la guarda	24
Capítulo 5	
La noche en vela del Padre Pío	28
Capítulo 6	
¿Cómo pueden influir los ángeles en nosotros?	31
Capítulo 7	
Nuestro ángel de la guarda nos ayuda a cumplir los planes de Dios para con nosotros	36
Capítulo 8	
Entre la vida y la muerte	40
Capítulo 9	
Los ángeles y la Eucaristía	45

Capítulo 10	
¡No dejes a tu ángel desocupado!	51
Capítulo 11	
Cuando Carlo Acutis escuchaba a su ángel de la guarda	56
Capítulo 12	
Una ayuda segura en cualquier situación	59
Capítulo 13	
Cuando un ángel nos enseña a rezar	63
Capítulo 14	
¿Y los ángeles malos?	68
Capítulo 15	
Un ángel en el Purgatorio	81
Capítulo 16	
¡Una voz irresistible!	84
Capítulo 17	
¡Escriban una carta a su ángel de la guarda!	88
Apéndice	93